

La financialización del capitalismo

John Bellamy Foster

Los cambios experimentados por el capitalismo en las tres últimas décadas se han descrito habitualmente con tres términos: neoliberalismo, globalización y financialización. Aunque mucho se ha escrito sobre los dos primeros aspectos, la atención que se ha prestado al tercero de ellos ha sido mucho menor.¹ Sin embargo, la financialización se considera cada vez más la fuerza dominante de la tríada. La financialización del capitalismo, el desplazamiento del peso de la actividad económica de la producción, e incluso de gran parte del creciente sector de los servicios, a las finanzas es, por lo tanto, una de las cuestiones clave de nuestro tiempo. Más que ningún otro fenómeno, la cuestión que nos plantea es: ¿ha entrado el capitalismo en una nueva fase?

Sostendré que, aunque el sistema ha cambiado como consecuencia de la financialización, dista mucho de tratarse de una fase absolutamente nueva, ya que el problema fundamental de la acumulación dentro de la producción sigue siendo el mismo. Por el contrario, la financialización ha producido una nueva fase híbrida del estadio monopolista del capitalismo que podríamos denominar de «capital financiero-monopolista».² Más que avanzar de forma fundamental, el capital está atrapado en un ciclo aparentemente interminable de estancamiento y explosión financiera. Las nuevas

• Artículo publicado en *MR*, vol. 58, n° 11, abril de 2007, pp. 1-12. Traducción de Joan Queda. Este artículo fue preparado para su presentación en un debate organizado por la URPE (Unión para la Economía Política Radical) en el marco del Forum de la Izquierda de Nueva York, 11 de marzo de 2007.

relaciones económicas generadas por el capital financiero-monopolista tienen su epicentro en los Estados Unidos, que siguen siendo la economía capitalista dominante, pero han penetrado cada vez más en el sistema global.

Los orígenes del término «financiarización» son oscuros, aunque este empezó a aparecer cada vez más frecuentemente a principios de la década de 1990.³ No obstante, el tema fundamental del cambio gravitacional del capitalismo en su conjunto hacia las finanzas ha estado presente desde finales de la década de 1960. Las primeras figuras de la izquierda (tal vez del mundo en general) que exploraron sistemáticamente esta cuestión fueron Harry Magdoff y Paul Sweezy en sus escritos para *Monthly Review*.⁴

Como ha señalado Robert Pollin, uno de los principales analistas de la financiarización, profesor de economía en la Universidad de Massachusetts en Amherst, «a partir de finales de la década de 1960 y durante las de 1970 y 1980», Magdoff y Sweezy documentaron «la forma emergente de capitalismo que ha entrado ahora en fase ascendente: el aumento del papel de las finanzas en las operaciones del capitalismo. Esto ha dado en llamarse “financiarización”, y pienso que es justo afirmar que ellos fueron los primeros en la izquierda en darse cuenta y llamar la atención [sobre el fenómeno]. Lo hicieron con su característica contundencia, su dominio de los fundamentos y su capacidad para captar las implicaciones más generales para la comprensión marxista de la realidad». Como subrayaba Pollin en una ocasión posterior, «Harry [Magdoff] y Paul Sweezy fueron verdaderos pioneros a la hora de reconocer esa tendencia [...] [Uno de los] principales aspectos de su obra es el hecho de que esos escritos [en *Monthly Review* a lo largo de tres décadas] trazaban, de manera sencilla pero con persuasivos detalles empíricos, la emergencia de la financiarización como fenómeno [...] [N]o está claro en qué momento la gente de izquierdas habría percibido y explicado esas tendencias si Harry, junto con Paul, no lo hubieran hecho antes».⁵

Del estancamiento a la financiarización

Al analizar la financiarización de capitalismo, Magdoff y Sweezy no se limitaron a ejercer como meros cronistas de una tendencia estadística, sino que la analizaron a través del prisma de un análisis histórico del desarrollo capitalista. Tal vez la descripción más sucinta del fenómeno fue la ofrecida por Sweezy en 1997, en un artículo titulado «More (or Less) on Globalization» [Más (o menos) sobre la globalización]. Trataba allí de lo que deno-

minaba «las tres tendencias subyacentes más importantes de la historia reciente del capitalismo, el periodo que se inicia con la recesión de 1974-1975: (1) la ralentización de la tasa general de crecimiento, (2) la proliferación en todo el mundo de corporaciones multinacionales monopolistas (u oligopolistas) y (3) lo que podríamos denominar la financiarización del proceso de acumulación de capital».

Para Sweezy, las tres tendencias estaban «intrincadamente relacionadas entre sí». La monopolización tiende a aumentar los beneficios de las principales corporaciones, a la vez que reduce también «la demanda de inversiones adicionales en unos mercados cada vez más controlados». La lógica que se produce es de «cada vez más beneficios y menos oportunidades para realizar inversiones provechosas: una receta para ralentizar la acumulación de capital y, por lo tanto, el desarrollo económico alimentado por la acumulación de capital».

El «doble proceso de decaimiento de la inversión real y pujanza de la financiarización», surgido cuando el capital buscó la forma de utilizar los superávit económicos, se presenta por primera vez al diluirse la «edad de oro» de las décadas de posguerra de la Segunda Guerra Mundial, y se ha mantenido hasta el presente con cada vez mayor intensidad», observaba Sweezy.⁶

El argumento hundía sus raíces en el marco teórico aportado por Paul Baran y Paul Sweezy en *El capital monopolista* (1966), trabajo inspirado en la obra de los economistas Michal Kalecki y Josef Steindl y, si nos remontamos más atrás, de Karl Marx y Rosa Luxemburg.⁷ La economía capitalista monopolista, según sugerían Baran y Sweezy, es un sistema enormemente productivo que genera enormes superávit para una ínfima minoría de monopolistas/oligopolistas, que son los propietarios primordiales y beneficiarios principales del sistema. Como capitalistas, procuran naturalmente invertir el superávit siguiendo un impulso hacia una acumulación siempre mayor. Sin embargo, las mismas condiciones que dieron origen a dichos superávit introducen también las barreras que limitan su inversión provechosa. Las corporaciones a duras penas logran vender a los consumidores el nivel actual de bienes a unos precios calculados para producir la tasa presente de ganancias oligopolistas. La debilidad del crecimiento del consumo provoca el recorte de la utilización de capacidad productiva cuando las corporaciones intentan evitar la sobreproducción y las bajadas de precios que amenazan su margen de beneficios. La consiguiente aparición de excesos de capacidad productiva constituye una señal de alarma para las empresas que indica que hay poco espacio para la inversión en mayor capacidad.

Para los propietarios del capital, el dilema es qué hacer con los inmensos superávits de que disponen en vista de la escasez de oportunidades de inversión. La principal solución, a partir de la década de 1970, fue la expansión de la demanda de productos financieros como medio de mantener y aumentar el capital monetario. Desde el lado de la oferta de este proceso, las instituciones financieras tomaron la iniciativa ofreciendo una gran diversidad de nuevos instrumentos financieros: futuros, opciones, derivados, fondos de inversión especulativos [*hedge funds*], etc. El resultado fue una especulación financiera galopante que hace décadas que continúa.

Entre los economistas ortodoxos, hubo quienes se mostraron preocupados al principio por ese crecimiento desproporcionado de las finanzas. En 1984, James Tobin, antiguo miembro del Consejo de Asesores Económicos de Kennedy y Premio Nobel de economía en 1981, pronunciaba una conferencia «Sobre la eficiencia del sistema financiero» en la que terminaba hablando del «cariz de casino de nuestros mercados financieros». Tal y como Tobin explicaba a la audiencia:

Confieso que tengo una incómoda sospecha fisiocrática [...] que estamos dedicando una parte cada vez mayor de nuestros recursos [...] a actividades alejadas de la producción de bienes y servicios, a actividades que generan elevadas ganancias privadas desproporcionadas en relación con su productividad social. Sospecho que el inmenso poder de los ordenadores se está aplicando a esa «economía de papel», no para realizar las mismas transacciones de manera más económica, sino para multiplicar la cantidad y la variedad de los intercambios financieros. Tal vez es por eso por lo que la alta tecnología ha presentado hasta la fecha resultados decepcionantes en la productividad de la economía en general. Me temo que, como ya en su momento acertó a ver Keynes, las ventajas de la liquidez y negociabilidad de los instrumentos financieros tienen el coste de facilitar una especulación de grado n , corta de miras e ineficiente [...] Sospecho que Keynes tenía razón al sugerir que deberíamos contar con más elementos para disuadir de la posesión temporal de instrumentos financieros y mayores recompensas para los inversores a largo plazo.⁸

La idea de Tobin era que el capitalismo se estaba volviendo ineficiente al dedicar cada vez más los excedentes de capital a fines especulativos, como en un casino, más que a la inversión a largo plazo en la economía real.⁹ En la década de 1970, había propuesto lo que más tarde daría en llamarse el «impuesto Tobin» para las transacciones internacionales de divisas, diseñado para fortalecer la inversión devolviendo su peso en la economía global a la producción, frente a las finanzas especulativas.

En fuerte contrataste con quienes, como Tobin, sugirieron que el rápido crecimiento de las finanzas estaba teniendo efectos adversos sobre la

economía real, Magdoff y Sweezy, en un artículo de 1985 titulado «La explosión financiera», afirmaban que la financiarización resultaba funcional para el capitalismo en el contexto de la tendencia al estancamiento:

¿Destina la sociedad de casino, en realidad, demasiado talento y energías a los juegos de azar financieros? Está claro que así es. Ninguna persona sensata podría negarlo. ¿Lo hace acaso a expensas de la producción de bienes y servicios reales? Rotundamente no. No hay razón alguna para asumir que, si fuera posible desinflar las estructuras financieras, el talento y las energías que ahora se emplean en ellas pasarán a dedicarse a fines productivos. Simplemente, dejarían de utilizarse y se sumarían a la ya enorme reserva de recursos humanos y materiales ociosos. ¿Es acaso la sociedad de casino un lastre significativo para el crecimiento económico? Una vez más, rotundamente no. Todo el crecimiento que ha experimentado la economía recientemente, si exceptuamos el atribuible a una acumulación militar sin precedentes en tiempos de paz, se ha debido casi exclusivamente a la explosión financiera.¹⁰

Según esa idea, el capitalismo estaba experimentando una transformación que venía representada por la compleja y creciente relación que se había establecido entre el estancamiento y la financiarización. Casi una década después, en «El triunfo del capital financiero», Sweezy declaraba:

He dicho que esa superestructura financiera ha sido una creación de las dos últimas décadas. Eso significa que su aparición es a grandes rasgos coetánea del retorno del estancamiento en la década de 1970. Pero, ¿no va eso en contra de toda la experiencia anterior? Tradicionalmente, la expansión financiera ha ido de la mano de la prosperidad de la economía real. ¿Es verdaderamente posible que eso ya no sea así, que ahora, a finales del siglo xx, lo cierto sea más bien lo contrario; en otras palabras, que la expansión financiera no se alimente de una economía real saludable, sino de una economía estancada?

La respuesta a esa pregunta, creo, es que sí, es posible, y es lo que ha estado ocurriendo. Y añadiré que estoy bastante convencido de que esa relación invertida entre lo financiero y lo real es la clave para entender las nuevas tendencias de la [economía] mundial.

Retrospectivamente, queda claro que esa «relación invertida» era una posibilidad intrínseca del capitalismo desde el principio. Sin embargo, sólo podía materializarse en una fase específica del desarrollo del sistema. La posibilidad abstracta radica en el hecho, que tanto Marx como Keynes resaltaron, de que el proceso de acumulación de capital tenía dos caras, e implicaba tanto la propiedad de activos reales como la titularidad documental de dichos activos. En tales circunstancias, la posibilidad de contra-

dicción entre la acumulación real y la especulación financiera era intrínseca al sistema desde sus orígenes.

Aunque los economistas ortodoxos supusieron durante mucho tiempo que inversión productiva e inversión financiera estaban ligadas partiendo de la premisa simplista de que el ahorrador compra títulos financieros de activos reales al emprendedor, que utiliza el dinero así obtenido para expandir la producción, hace ya tiempo que sabemos que eso es falso. No existe ninguna relación directa necesaria entre la inversión productiva y la acumulación de activos financieros. Por lo tanto, es posible que ambos se encuentren «desemparejados» en considerable medida.¹¹ No obstante, en ausencia de un mercado financiero maduro, la contradicción no iba más allá de las burbujas especulativas que salpican la historia del capitalismo y que, normalmente, vienen a marcar el final de un periodo de auge económico. A pesar de constituir serias disrupciones, esa clase de acontecimientos tenían poco o nulo efecto sobre la estructura y la función del sistema en su conjunto.

Hizo falta la aparición del capitalismo monopolista a finales del siglo XIX y principios del XX y el desarrollo de un mercado de títulos industriales para que las finanzas pudieran pasar a ocupar un lugar central y la contradicción entre producción y finanzas pudiera madurar. En las primeras décadas del nuevo régimen de capital monopolista, los bancos de inversiones, que se habían desarrollado en conexión con el ferrocarril, se convirtieron en centros de poder financiero, lo que facilitó enormes fusiones corporativas y el desarrollo de una economía dominada por gigantescas corporaciones monopolistas. Es la época de J. P. Morgan. En ese periodo, Thorstein Veblen, en los Estados Unidos, y Rudolf Hilferding, en Austria, desarrollaron independientemente teorías del capital monopolista que destacaban en particular el papel que jugaba el capital financiero.

Sin embargo, con la llegada de la década de la Gran Depresión, la superestructura financiera de la economía capitalista monopolista se desplomó, marcada por el crac bursátil de 1929. El capital financiero quedó enormemente disminuido durante la depresión y no tuvo un papel esencial en la recuperación de la economía real. Lo que sacó a los Estados Unidos de la depresión fue la enorme expansión del gasto militar dictada por el Estado durante la Segunda Guerra Mundial.¹²

Al escribir *El capital monopolista* a comienzos de la década de 1960, Paul Baran y Paul Sweezy insistieron en la forma en que el Estado (gastos civiles y militares), los esfuerzos por hacer repuntar las ventas, la segunda oleada de «automovilización» y otros factores habían fortalecido la economía capitalista en la edad dorada de la década de 1960 y habían absorbi-

do los excedentes y sacado al sistema del estancamiento. Señalaban igualmente la gran cantidad de excedente que se destinaba a finanzas, inversión y propiedad inmobiliaria (FIRE en sus siglas inglesas), aunque en ese momento ponían relativamente poco énfasis en ese hecho.

Sin embargo, con la reaparición del estancamiento económico en la década de 1970, Sweezy, que escribía ahora con Magdoff, fue centrándose cada vez más en el crecimiento de las finanzas. En 1975, en «Banks: Skating on Thin Ice» [Bancos: patinaje sobre una delgada capa de hielo], afirmaban que «la sobreampliación de la deuda y la sobredimensionalización de los bancos era justamente lo que hacía falta para proteger el sistema capitalista y sus ganancias; para superar, al menos temporalmente, sus contradicciones, y para respaldar la expansión y las guerras imperialistas de los Estados Unidos».¹³

El capital financiero-monopolista

Si en la década de 1970 «la antigua estructura de la economía, consistente en un sistema de producción servido por un modesto sistema financiero adjunto», todavía seguía vigente, observaba Sweezy en 1995, para finales de la década de 1980 esta «había dado paso a una nueva estructura en la que un sector financiero enormemente expandido había logrado un alto grado de independencia y se había colocado por encima del sistema de producción subyacente».¹⁴ El estancamiento y la enorme especulación financiera aparecían como elementos simbióticos de un mismo impasse económico fuertemente asentado e irreversible.

Tal simbiosis constaba de tres elementos cruciales: (1) El estancamiento de la economía subyacente implicaba que los capitalistas dependieran cada vez más del desarrollo de las finanzas para preservar y aumentar su capital monetario. (2) La superestructura financiera de la economía capitalista no podía expandirse con completa independencia de su base, que estaba en la economía productiva subyacente, de ahí que el estallido de burbujas especulativas fuera un fenómeno recurrente y un problema cada vez mayor.¹⁵ (3) Sin producción, la financiarización, por mucho que se desarrollara, nunca podría superar el estancamiento.

El papel del Estado capitalista se transformó para responder a los nuevos imperativos de la financiarización. Se incorporó plenamente al sistema el papel del Estado como prestamista de último recurso, responsable de proporcionar liquidez a corto plazo. Después del crac bursátil de 1987, la Reserva Federal adoptó explícitamente una política de «demasiado grande

para fallar» con respecto a todo el mercado de valores, lo que no evitó, sin embargo, la drástica caída bursátil del año 2000.¹⁶

Todas esas circunstancias marcaron la aparición de lo que llamo el «capital financiero-monopolista», en el que la financialización se ha convertido en una necesidad estructural permanente de una economía tendente al estancamiento.

Implicaciones imperiales y de clase

Si bien los orígenes de la financialización están claros a partir de lo que acabamos de exponer, deberíamos prestar atención igualmente a las implicaciones de clase e imperiales específicas que todo eso tiene. Dadas las limitaciones de espacio, me ceñiré a ocho breves observaciones.

(1) La financialización se puede entender como un proceso continuado que va más allá de burbujas financieras específicas. Si atendemos a los recientes colapsos financieros a partir del crac bursátil de 1987, lo notable es el poco efecto que estos tuvieron a la hora de detener o ralentizar la tendencia hacia la financialización. La mitad de las pérdidas de valor de mercado registradas desde la quiebra de Wall Street en marzo de 2000 y en octubre de 2002 (medidas según el índice Standard & Poor's 500 [S&P 500]) ya se habían recuperado tan sólo dos años después. Mientras que la deuda estadounidense era de dos veces el PIB en 1985, dos décadas más tarde la deuda de los Estados Unidos había aumentado hasta casi tres veces y media el PIB nacional y rayaba los 44 billones de dólares: el PIB mundial. El volumen medio diario de transacciones de divisas aumentó desde los 570.000 millones de dólares de 1989 a los 2,7 billones de 2006. A partir de 2001, el mercado global de derivados crediticios (el mercado global de instrumentos de transferencia de riesgos crediticios) ha crecido a una tasa del 100% anual. Relativamente poco importantes a principios del nuevo milenio, el valor teórico de los derivados crediticios comerciados globalmente había crecido espectacularmente hasta los 26 billones de dólares para la primera mitad de 2006.¹⁷

(2) El capital financiero-monopolista es un fenómeno cualitativamente distinto de lo que Hilferding y otros describieron como la era del «capital financiero» de principios del siglo xx, basada sobre todo en el dominio de la banca de inversiones. Aunque existen estudios que han demostrado que en décadas recientes las ganancias de las corporaciones financieras en los Estados Unidos han crecido en relación con las de las corporaciones no-financieras, no es fácil trazar una línea divisoria entre ambos tipos de cor-

poraciones, ya que las corporaciones no-financieras están fuertemente involucradas en los mercados de capital y monetarios.¹⁸ Las grandes acumulaciones de riqueza parece que están cada vez más relacionadas con las finanzas que con la producción y, cada vez más, las finanzas marcan la pauta para la gestión de los flujos de caja de las empresas no-financieras. Sin embargo, la fusión de corporaciones financieras y no-financieras hace difícil pensar que se trate de una división dentro del capital mismo.

(3) La propiedad de una cantidad sustancial de activos financieros es, con toda claridad, lo que determina principalmente la pertenencia a la clase capitalista. La distancia entre las franjas alta y baja de la sociedad en términos de riqueza financiera y de renta ha alcanzado proporciones astronómicas en la actualidad. En los Estados Unidos, en 2001, el 1% superior de poseedores de riqueza financiera (que excluye la propiedad de la vivienda de residencia) tenía más de cuatro veces más que el 80% inferior de la población. El 1% más rico de la población nacional poseía 1,9 billones de dólares en acciones, aproximadamente lo mismo que el 99% restante.¹⁹ La diferencia de renta en los Estados Unidos ha aumentado hasta tal punto en décadas recientes que el presidente de la junta de la Reserva Federal, Ben S. Bernanke, pronunciaba un discurso el 6 de febrero de 2007 sobre «El nivel y la distribución del bienestar económico» en el que subrayaba la «tendencia a largo plazo hacia el aumento de la desigualdad que se observa en los salarios reales». Como exponía Bernanke, «la porción de la renta después de impuestos correspondiente a las familias del 1% superior en la distribución de la renta aumentó desde el 8% de 1979 al 14% de 2004». En septiembre de 2006, la riqueza estimada de los 60 estadounidenses más ricos tenía un valor de 630.000 millones de dólares, un 10% más que el año anterior (*New York Times*, 1 de marzo de 2007).

La historia reciente sugiere que el rápido aumento de la desigualdad se ha convertido en una necesidad intrínseca en la fase financiero-monopolista del sistema. La demanda de la superestructura financiera de nuevas infusiones de dinero para mantener la expansión de las burbujas especulativas y evitar que pinchen parece no tener fin. Eso requiere la intensificación de la explotación, así como una distribución más desigual de la riqueza y de la renta, lo que intensifica el problema general de estancamiento.

(4) Un aspecto central de la dinámica de estancamiento-financionalización ha sido la especulación inmobiliaria. Esta ha permitido que los propietarios de viviendas mantuvieran su nivel de vida en considerable medida y a pesar del estancamiento de los salarios reales recurriendo a préstamos sobre el valor en alza de la vivienda. Como señalaba Pollin, Magdoff y Sweezy «reconocieron antes que casi nadie el aumento de la dependencia

de la deuda de las familias estadounidenses [basado en el creciente valor de sus viviendas] como medio de mantener el nivel de vida cuando los salarios empezaron a estancarse o a disminuir». ²⁰ Sin embargo, los bajos tipos de interés vigentes desde la última recesión han alimentado una auténtica especulación con la vivienda y han provocado una burbuja inmobiliaria. Hoy en día, la explosión de la burbuja inmobiliaria se ha convertido en una de las principales fuentes de inestabilidad en la economía estadounidense. La proporción de ingresos que los consumidores dedican a pagar la deuda ha ido en aumento, mientras que el valor en alza de la vivienda del que dependían los consumidores para pagar las deudas se ha esfumado en la actualidad. Los precios de las viviendas unifamiliares han descendido en más de la mitad de las 149 mayores áreas metropolitanas del país en el último trimestre de 2006 (*New York Times*, 16 de febrero de 2007).

Tan crucial ha sido la burbuja inmobiliaria para combatir el estancamiento y como cimiento de la financiarización, y tan relacionada ha estado con el bienestar básico de las familias estadounidenses, que la debilidad actual del mercado de la vivienda podría desencadenar tanto un severo empeoramiento económico como un desorden financiero generalizado. Nuevos aumentos de la tasa de interés pueden provocar un círculo vicioso de estancamiento, o incluso descenso, del valor de las viviendas y aumento de la proporción de la renta que dedican los consumidores a la devolución de la deuda, lo que conduciría a una oleada de impagos. El hecho de que el consumo estadounidense sea la principal fuente de demanda de la economía mundial plantea la posibilidad de que la situación pudiera contribuir a una crisis más globalizada.

(5) Una tesis actualmente popular dentro de la izquierda es que la globalización financiera ha transformado tanto la economía mundial que los Estados han dejado de importar. Más bien, como exponía Ignacio Ramonet en «Desarmar los mercados» (*Le Monde Diplomatique*, diciembre de 1997):

La mundialización financiera ha creado de esta forma su propio Estado. Un Estado supranacional, que dispone de sus aparatos, de sus redes de influencia y de sus propios medios de acción. Se trata de la constelación formada por el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) y la Organización Mundial del Comercio (OMC). [...] Este Estado mundial es un poder sin sociedad, ya que este rol es ejercido por los mercados financieros y las empresas gigantes de los que son mandatarios. El resultado es que las sociedades realmente existentes son sociedades sin poder. Y todo esto no deja de agravarse.

Dicha opinión, no obstante, tiene poca base real. Aunque la financiación de la economía mundial es un hecho innegable, ver en ello la creación de una nueva internacional del capital supone un gran salto lógico. El capitalismo financiero-monopolista sigue siendo un sistema inestable y dividido. El FMI, el Banco Mundial y la OMC (heredera del GATT o Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio) no constituyen (aunque añadiríamos también la OCDE) «un Estado supranacional separado», sino que son organizaciones internacionales que empezaron a existir con el sistema de Bretton Woods, impuesto principalmente por Estados Unidos para gestionar el sistema global según los intereses del capital internacional tras la Segunda Guerra Mundial. Siguen estando controladas por los principales Estados imperiales y sus intereses económicos. Las normativas de todas esas instituciones se aplican de forma asimétrica: en menor medida cuando las normativas interfieren con el capital estadounidense, en mayor medida cuando intensifican la explotación de los pueblos más pobres del mundo.

(6) Lo que hemos dado en llamar el «neoliberalismo» puede considerarse la contrapartida ideológica del capital financiero-monopolista, igual que el keynesianismo lo fue de la fase anterior del capital monopolista clásico. Los mercados internacionales de capital actuales imponen serias limitaciones a las autoridades estatales para la regulación de sus economías en áreas tales como los niveles de las tasas de interés y los flujos de capitales. Por eso, el desarrollo del neoliberalismo como ideología económica hegemónica a partir de la era de Thatcher y Reagan refleja en cierta medida los nuevos imperativos del capital a raíz de la globalización financiera.

(7) La creciente financiación de la economía mundial ha dado lugar a una mayor penetración imperial en las economías subdesarrolladas y ha aumentado la dependencia financiera, lo que ha venido marcado por las políticas de la globalización neoliberal. Un ejemplo concreto es Brasil, donde la principal prioridad de la economía durante el último par de décadas, bajo los dictados del capital financiero-monopolista global, ha sido atraer inversiones extranjeras (sobre todo inversiones de cartera) y devolver la deuda exterior contraída con el capital internacional, incluido el FMI. La consecuencia ha sido unos mejores «cimientos económicos», según criterios financieros, pero acompañados de tasas de interés más altas, desindustrialización, crecimiento lento de la economía y aumento de la vulnerabilidad a los, con frecuencia, súbitos movimientos de las finanzas globales.²¹

(8) La financiarización del capitalismo ha producido un sistema más incontrolable. Hoy en día, los temores de quienes tienen la responsabilidad de introducir un mínimo de estabilidad en las relaciones financieras globales son palpables. A principios de la década de 2000, a raíz de la crisis financiera asiática, la explosión de la burbuja de la «nueva economía» en el año 2000 y el impago de la deuda externa de Argentina en 2001, el FMI empezó a publicar un informe trimestral titulado *Global Financial Stability Report* [Informe sobre la estabilidad financiera global]. Basta con empezar a leer cualquiera de los diversos números para adquirir una clara conciencia de la creciente volatilidad e inestabilidad del sistema. Un rasgo característico de las burbujas especulativas es que, cuando dejan de expandirse, explotan. El incremento sostenido del riesgo y las constantes infusiones de dinero en el sistema financiero, por lo tanto, son elementos tanto más necesarios cuanto más frágil se vuelve la estructura financiera. Cada nueva entrega del citado informe está repleta de referencias al fantasma de la «aversión al riesgo» que se considera que amenaza los mercados financieros.

En la entrega de septiembre de 2006 del *Global Financial Stability Report*, los miembros de la junta ejecutiva del FMI expresaban su preocupación por que el rápido crecimiento de los fondos de inversión especulativos y de los derivados crediticios pudiera tener un impacto sistémico en la estabilidad financiera, y por que una ralentización de la economía estadounidense y un enfriamiento de su mercado inmobiliario pudieran provocar «turbulencias financieras» que podrían verse «amplificadas si se produjera un sobresalto inesperado». ²² El contexto más amplio es el de una financiarización tan fuera de control que los sobresaltos fuertes e inesperados del sistema, con el consiguiente contagio financiero, se consideran inevitables. Como ha escrito el historiador Gabriel Kolko, «las personas que más saben sobre el sistema financiero mundial están cada vez más preocupadas, y tienen buenas razones para estarlo. Las fuentes más “respetables” están enviando serios avisos. La realidad escapa a todo control. Se han liberado los demonios de la codicia». ²³

Notas

1. Gerard A. Epstein, «Introduction», en Epstein (ed.), *Financialization and the World Economy*, Edward Elgar, Northampton (MA), 2005, p. 1.
2. John Bellamy Foster, «Monopoly-Finance Capital», en *Monthly Review*, vol. 58, n° 7 (diciembre de 2006), pp. 1-14.
3. La utilización actual del término «financiarización» debe mucho a la obra de Kevin Phillips, quien lo utilizó en *Boiling Point* [Punto de ebullición], Random House, Nueva York, 1993,

- y un año después dedicó un capítulo entero de su libro *Arrogant Capital* [Capital arrogante] a la «Financialization of America», donde describía la financiarización como «una separación duradera de las divergentes economía real y economía financiera» (Brown and Co., Nueva York, 1994). Ese mismo año, Giovanni Arrighi empleaba el concepto en su análisis de la transición hegemónica internacional en *The Long Twentieth Century* [El largo siglo xx, Akal, Madrid, 1999].
4. Harry Magdoff fue el primero en plantear la cuestión de la creciente dependencia de la deuda de la economía estadounidense en un artículo publicado originariamente en el *Socialist Register* de 1965. Véase Harry Magdoff y Paul M. Sweezy, *The Dynamics of U.S. Capitalism*, Monthly Review Press, Nueva York, 1972, pp. 13-16.
 5. Robert Pollin, «Remembering Paul Sweezy: "He was an Amazingly Great Man"», *Counterpunch*, <http://www.counterpunch.org>, 6-7 de marzo de 2004; «The Man Who Explained Empire: Remembering Harry Magdoff», *Counterpunch*, <http://www.counterpunch.org>, 6 de enero de 2006.
 6. Paul M. Sweezy, «More (or Less) on Globalization», en *Monthly Review*, vol. 49, nº 4, septiembre de 1997, pp. 3-4.
 7. Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, *Monopoly Capital*, Monthly Review Press, Nueva York, 1966.
 8. James Tobin, «On the Efficiency of the Financial System», *Lloyd's Bank Review*, nº 153, 1984, pp. 14-15.
 9. En el análisis que expongo a continuación, sigo la convención bien establecida de utilizar el término «economía real» para referirme al ámbito de la producción (por ejemplo, a la producción económica tal y como la mide el PIB), en oposición a la economía financiera. Sin embargo, tanto la «economía real» como la economía financiera son, ambas, evidentemente reales en el sentido habitual del término.
 10. Harry Magdoff y Paul M. Sweezy, *Stagnation and the Financial Explosion*, Monthly Review Press, Nueva York, 1987, p. 149. Magdoff y Sweezy respondían a un editorial de *Business Week* que cerraba el número especial del 16 de septiembre de 1985 dedicado a «La sociedad de casino».
 11. Paul M. Sweezy, «Economic Reminiscences», en *Monthly Review*, vol. 47, nº 1, mayo de 1995, p. 8; Lukas Menkhoff y Norbert Toksdorf, *Financial Market Drift*, Springer-Verlag, Nueva York, 2001.
 12. El fracaso de los bancos de inversión a la hora de recuperar el lugar que habían ocupado durante el periodo de formación del capitalismo monopolista, situado en la cima misma del sistema (como lo que dio en llamarse el «trust del dinero»), puede atribuirse al hecho de que las condiciones sobre las que se había asentado dicho poder en ese periodo eran transitorias. Véase Paul M. Sweezy, «Investment Banking Revisited», en *Monthly Review*, vol. 33, nº 10, marzo de 1982.
 13. Harry Magdoff y Paul M. Sweezy, *The End of Prosperity*, Monthly Review Press, Nueva York, 1977, p. 35.
 14. Sweezy, «Economic Reminiscences», pp. 8-9.
 15. La explicación es coherente con la hipótesis de la inestabilidad financiera de Keynes y Hyman Minsky. Véase Minsky, *Can «It» Happen Again?*, M. E. Sharpe, Armonk (Nueva York), 1982.
 16. Robert W. Parenteau, «The Late 1990s US Bubble», en Epstein (ed.), *Financialization and The World Economy*, pp. 136-138.
 17. Doug Henwood, *After the New Economy*, The New Press, Nueva York, 2005, p. 231; Fred Magdoff, «Explosion of Debt and Speculation», en *Monthly Review*, vol. 58, nº 6, noviembre de 2006, pp. 7, 19; Epstein, «Introduction», p. 4; Garry J. Schinasi, *Safeguard*

- ding Financial Stability*, Fondo Monetario Internacional, Washington D.C., 2006, pp. 118-232.
18. Greta R. Krippner, «The Financialization of the American Economy», *Socio-economic Review* 3, n° 2, 2005, pp. 173-208; James Crotty, «The Neoliberal Paradox», en Epstein (ed.), *Financialization and the World Economy*, pp. 77-110.
 19. Edward N. Wolff, «Changes in Household Wealth in the 1980s and 1990s in the U.S.», The Levy Economics Institute de Bard College, documento de trabajo n° 407, mayo de 2004, tabla 2, <http://www.levy.org>.
 20. Pollin, «The Man Who Explained Empire».
 21. Véase Daniela Magalhães Pates y Leda Maria Paulani, «The Financial Globalization of Brazil under Lula», y Fabrico Augusto de Loiveira y Paulo Nakatini, «The Brazilian Economy under Lula», en *Monthly Review*, vol. 58, n° 9, febrero de 2007, pp. 32-49.
 22. Fondo Monetario Internacional, *The Global Financial Stability Report*, marzo de 2003, pp. 1-3, y septiembre de 2006, pp. 74-75.
 23. Gabriel Kolko, «Why a Global Economic Deluge Looms», *Counterpunch*, <http://www.counterpunch.org>, 15 de junio de 2006.

Editorial Hacer - Clásicos del siglo XX

Teoría del desarrollo capitalista

PAUL M. SWEETZY



Teoría del desarrollo capitalista

Paul M. Sweezy

Introducción de Michael Lebowitz

Colección: Filosofía y ciencias sociales

Enc. rústica, 16 x 24 cm, 352 pp.

ISBN: 978-84-88711-72-4

Precio: 24 €

Nueva edición en castellano, revisada y ampliada, del clásico de economía política publicado por primera vez en 1942. Es el mejor compendio y extensión al siglo xx de la teoría económica de Marx expuesta con sencillez por uno de los mejores economistas contemporáneos. El libro presenta las tendencias básicas de la dinámica económica y social del sistema de mercado. Expone también la teoría general de Sweezy sobre la tendencia del capitalismo al estancamiento y sus «factores contrarrestantes».

Ilustra finalmente los hallazgos y atmósfera intelectual con que la izquierda radical de mediados del siglo pasado enfrentó la Segunda Guerra Mundial y la conexión entre el capitalismo monopolista, las crisis económicas, el imperialismo y el surgimiento del fascismo.

Paul M. Sweezy, economista político y activista civil. Es el «decano» de los economistas radicales estadounidenses del siglo xx y uno de los fundadores de la revista *Monthly Review*.